
FILOROMO Y ELEMÓN SOLITARIOS, Y SANTA
EUSEBIA LA EXTRANJERA

Apoyádonos en el testimonio de Paladio, vamos á hablar de estos dos solitarios que conoció en la Galacia.

Filoromo era hijo de una esclava y de un padre libre, pero si su nacimiento no fué esclarecido, su virtud le ennobleció á los ojos de Dios. Renunció al mundo en tiempo de Juliano el Apóstata, cuya cólera se atrajo por haberle hablado con santa libertad, habiendo merecido por esta causa que le rasurasen y abofeteasen ignominiosamente. Léjos de afligirse por esta afrenta, la sufrió con la generosidad de un verdadero discípulo de Jesucristo, y dió las gracias á este príncipe. Vivió durante cuarenta años en un monasterio, en que se ejercitó fielmente en todos los deberes de la vida religiosa, guardando una conducta tan santa, que todos cuantos le veían le consideraban como un ángel de la tierra. Pero no por eso se vió libre de violentos combates : pues el demonio le tentó más de una vez, siendo vergonzosamente rechazado con las armas de la fé y de la mortificación. Cargose de una pesada cadena : se encerró en una estrecha celda : ayunaba muy rigurosamente : no comía cosa alguna condimentada, y durante treinta y dos años no tocó un solo fruto.

Creyendo que un miedo que le asaltaba frecuentemente, aún durante el dia, era un artificio con que pretendía turbarle el enemigo, se encerró durante seis años en una tumba, en donde su principal ocupación era copiar libros, y despues de atender con lo que ganaba á sus necesidades,

que eran muy reducidas, invertía lo demás en socorrer á los pobres. Su avanzada edad no le impedía ganar su sustento con el trabajo manual: pues en esta ocupación llegó á los ochenta años, que fueron, al parecer, los de su vida. San Basilio tenía en gran estimación su virtud. Hizo á pié un viaje á Roma para visitar los sepulcros de san Pedro y san Pablo, así como las peregrinaciones de Alejandría y Jerusalem, sin que en estas expediciones perdiese la presencia de Dios, cual si estuviera en su celda. Esta era su práctica favorita, y la que caracteriza su piedad.

Había también en tiempo de Paladio, en Ancira, capital de la Galacia, un santo monje, padre de los monasterios, que se distinguió por su grande caridad para con los pobres y afligidos. Este historiador no dice su verdadero nombre, sino que le llama Elemon, es decir el Limosnero, dándole á conocer por la caridad que ejerció con tanto celo. El obispo de dicha ciudad le llevó á su lado, y quiso hacerle sacerdote, pero este hombre verdaderamente humilde, le rogó que no lo hiciese, y se entregó enteramente á las obras de misericordia para con los pobres de la diócesis.

Nunca podrán expresarse suficientemente los infatigables cuidados que se tomó por sus vestidos, por sus alimentos, por sus medicinas y por todas las cosas necesarias á su subsistencia, ó para remediar sus males. Los visitaba en los hospitales y en las casas particulares, é iba á las de los ricos para implorar su caridad. En cuanto á sí mismo, estaba tan pobremente vestido, que no hubiera dado, dice Paladio, un óbolo por su hábito. El alimento que tomaba era tan pobre como sus vestidos, y si se le hacía algún obsequio, lo vendía para distribuir su precio á los indigentes, aduciendo como razón, que el uso mejor que podía hacerse de aquel objeto era practicar la caridad tan recomendada en el Evangelio. Con tan excelentes obras ad-

quirió este limosnero un tesoro inestimable de méritos para el cielo.

Había otros muchos monasterios en otras provincias del Asia-Menor, pero no tenemos documentos que expresen su disciplina, ni las virtudes de los religiosos que los habitaban. Surio y Bolando refieren la vida de una Santa llamada Jessé, es decir, Extranjera, pero cuyo nombre verdadero era Eusebia, y cuya vida debió haber sido escrita por un autor contemporáneo. Daremos el compendio que de ella hace Bulteau, que la ha insertado en su *Historia monástica*. Era natural de Roma, y oriunda de una casa muy rica. Sus padres, que no habían tenido otra hija, quisieron casarla con una persona de su misma posición social; pero ella prefirió al Esposo celestial, y huyó de la casa paterna, movida por una inspiración interior, pues la santidad de su vida demuestra que su resolución fué efecto del amor divino y no de un pasajero capricho.

Después de repartir entre los pobres el importe de sus bienes y de sus alhajas, se ocultó bajo el traje de hombre juntamente con dos de sus criadas que quisieron seguirla, y se dirigió en un buque á Egipto. Llegó á Alejandría, y sin detenerse pasó á la isla de Cos, en el archipiélago, en donde volvió á tomar el hábito propio de su sexo, no temiendo ya el ser reconocida.

La Providencia que guiaba todos sus pasos, le dió á conocer en este lugar á un venerable anciano llamado Pablo, á quien creyó en un principio obispo de aquella comarca, pero que en realidad no era sino superior del monasterio de san Andrés de Milasa, en la provincia de Caria. Acababa este anciano de regresar de Tierra Santa, y se apresuraba á unirse á su comunidad, y Eusebia le manifestó su propósito de consagrarse enteramente á Dios; pidiéndole que le enseñase los medios de hacerlo con toda perfección. Pablo

le propuso que le siguiese á Milasa, en donde procuraría satisfacer sus deseos, como así lo hizo.

La alojó cerca de la iglesia catedral, en donde edificó un monasterio, de que fué superiora. Se le unieron muchas jóvenes que formaron una comunidad muy edificante. Al poco tiempo murió Cirilo, obispo de Milasa, y el abad Pablo, que le sucedió por unánime elección del clero y del pueblo constituyó á Eusebia en el ministerio de diaconisa. La santidad de su vida la hizo muy digna de este empleo. Su abstinencia era increíble, pues frecuentemente pasaba semanas enteras sin comer, y cuando tomaba algún alimento, no consistía éste en otra cosa que en un poco de pan mojado en sus propias lágrimas, y sobre el cual echaba ceniza del incensario de la capilla. Pasaba también muchas noches enteras en oración.

Pero al mismo tiempo que se mostraba tan rigurosa consigo misma, su caridad la hacía para con sus hermanas dulce, benéfica y solícita para atender á todas sus necesidades. Por otra parte, por grandes que fuesen sus progresos en la virtud, se consideraba siempre como la última y más imperfecta de todas las religiosas. Conociendo por una enfermedad molesta que le aquejaba, que había llegado al término de sus días, congregó á toda la comunidad en la capilla del monasterio, dedicada á san Estéban, y exhortó á todas las religiosas á que imitasen á las vírgenes prudentes del Evangelio, que, esperando al esposo, tienen constantemente encendida en sus corazones la lámpara del amor divino: rogó por ellas, se encomendó á sus oraciones, y despidiéndose cariñosamente, se puso de rodillas para continuar su oración, durante la cual salió su alma de su cuerpo para unirse á Dios en la eternidad. Las dos criadas que le habían seguido desde Roma murieron poco tiempo despues, y fueron enterradas á sus pies. No tardó en seguir las el obispo Pablo, que fué sepultado en su mo-

nasterio de san Andrés. Sus reliquias, así como las de santa Eusebia, fueron consideradas como la gloria y defensa de Milasa.

Se llamó á esta santa Jessé ó Extranjera, porque lo era relativamente á esta ciudad; pero también podía dársele este nombre, porque se miraba como extranjera en esta tierra, y todos sus deseos tendían al cielo.